

ALGUNAS CONCEPCIONES DE LA HISTORIA VIGENTES EN LA HISTORIOGRAFIA INDIANA DEL SIGLO XVI

Juan Carlos Berchanski
Jaime Luis Oliver
Oswaldo Juan Piuzzi
Universidad de Buenos Aires

I. INTRODUCCION

El objetivo de este trabajo es caracterizar algunas de las concepciones de la historia que pudieran encontrarse, explícita o implícitamente, en la historiografía indiana del siglo XVI.

Entendemos por historiografía indiana al conjunto de obras referidas a aspectos históricos del ámbito americano dependiente de España que fueran elaboradas durante el período colonial. Muchas de esas obras, tomadas individualmente, no se ajustan al criterio que hoy en día nos permite definir una obra historiográfica, y ni siquiera fueron consideradas como realizaciones estrictamente históricas en su momento. Son testimonios valiosísimos para los historiadores actuales, pero de una diversidad tal que rehuye todo intento de clasificación. Junto a las probanzas de servicios de los conquistadores encontramos cartas escritas en latín por eruditos humanistas, jeroglíficos indios, investigaciones etnográficas y hasta poemas épicos.

La tarea propuesta demandaba, por consiguiente, encontrar un principio de selección que permitiese agrupar un material de cierta homogeneidad. A ese principio podía exigírsele que fuera lo suficientemente comprensivo como para que el material escogido representara por lo menos un sector importante de la historiografía indiana en su conjunto.

Con miras a seleccionar el material de estudio, efectuamos en primer término una limitación cronológica. Si la historiografía indiana comprende obras elaboradas durante los tres siglos de historia colonial, nos remitimos exclusivamente al primero, al siglo XVI, porque las obras pertinentes no sólo guardan una indudable coherencia temática, sino también presentan líneas de desarrollo bastante bien definidas. Esa coherencia temática deriva de la concentración en torno a los hechos de exploración y conquista, la realidad humana y natural del Nuevo Mundo y los comienzos del proceso de aculturación. En cuanto a las líneas de desarrollo, una se encamina a un mejor conocimiento del pasado indígena y la otra estudia la tarea de evangelización con creciente detenimiento y en ámbitos locales cada vez más estrechos.

Además, el "corpus" de la historiografía indiana del siglo XVI, se opone en bloque al del siglo XVII, donde se pierden esos elementos unitarios a los que aludimos, y a las misceláneas de frailes, conventos, milagros y virreyes, se suman algunas obras de mayor ambición que en realidad no constituyen otra cosa que refundiciones de las obras originales del siglo XVI con tradiciones orales recogidas sin mayor esfuerzo crítico. Cabe aclarar que, cuando nos referimos al siglo XVI, lo hacemos en sentido amplio, ya que no hemos dejado de considerar escritos pertenecientes al siglo anterior, como las Cartas y Diario del Descubridor, por ejemplo. Creemos, por otra parte, que no dificulta el tratamiento de nuestro tema el hecho de que muchas de las obras consideradas no accedieran a la publicación sino en fecha muy posterior a la de su redacción final.

Efectuada esta primera delimitación cronológica del material, nos pareció prudente restringirnos a cronistas de origen europeo, puesto que el examen atento de las obras indígenas requería conocimientos lingüísticos y etnográficos que estamos lejos de poseer.

Al seleccionar las obras en sí, no fue nuestra pretensión confeccionar un listado exhaustivo, pero procuramos escoger trabajos actualmente estimados por su importancia como fuentes para el estudio de la historia de América. Para ello, acoplamos a la información proporcionada por algunos estudios sobre la historiografía indiana otros datos procedentes de obras recientes sobre el período colonial. (Véase Esteve Barba 1954, Cruz 1970, Séjourné 1972, Chaunu 1973, Konetzke 1974).

A continuación damos una lista del material seleccionado, clasificado por grupos de autores. Sabemos que estas clasificaciones son siempre discutibles y carecen de la solidez de otras que se han intentado, por ejemplo, aquellas que agrupan las obras por ciclos temáticos. Si hemos preferido una clasificación por autores se debe a que, pese a todas sus limitaciones, apunta a una cierta vinculación de propósitos, enfoques o mentalidades, que habría de resultarnos útil para nuestro cometido.

Cuando la obra no fue publicada dentro del período considerado, tratamos de indicar la fecha de su redacción. Esto se ha hecho en todos los casos para las cartas.

A.— *EXPLORADORES.*

CRISTOBAL COLON. *Cartas a Gabriel Sánchez y Luis de Santángel*

(14/2 a 15/3/1493)

Relación del Tercer Viaje. (1500?)

Carta de Jamaica (7/7/1503)

- AMERICO VESPUCCIO. *Cartas de Augusta*. (junio 1503)
 (1451-1512) *Carta de Estrasburgo*. (Set. 1504)
 FRANCISCO ANTONIO PIGAFETTA. *Viaje hecho por los españoles*
 (1491-1534) *alrededor del mundo*. (1536)

B. – **CONQUISTADORES.**

- HERNAN CORTES. *Carta de Veracruz* (20/7/1519)
 (1485-1547) *Carta de Segura de la Frontera* (30/10/1520)
Carta de Coyoacán (15/5/1522)
Carta de Tenochtitlán (15/10/1524)
Carta de Tenochtitlán (3/9/1526)

- PEDRO DE ALVARADO. *Cartas de relación a don Hernando Cortés*.
De Utatlán (11/4/1523)
De Santiago (28/7/1524)

- BERNAL DIAZ DEL CASTILLO. *Historia verdadera de la Conquista*
 (1492-1581) *de Nueva España* (escrita en 1568)

- FRANCISCO DE JEREZ. *Verdadera relación de la Conquista del Perú*
 (1504-?) *y provincia del Cuzco*. (1534)

- PEDRO CIEZA DE LEON. *Crónica del Perú*. (1553)

- ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA. *Naufragios y Comentarios*.
 (1472-1564) (1542)

C. – **HUMANISTAS.**

- PEDRO MARTIR DE ANGLERIA. *Décadas del Nuevo Mundo*.
 (1457-1526) (1511-1516-1530)

- HERNANDO COLON. *Historia del Almirante de las Indias don*
 (1488-1539) *Cristobal Colón*. (1571)

- FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA. *Historia General de la Indias y*
 (1510-1553) *Conquista de México*. (1553)

D. – **RELIGIOSOS.**

- JOSE DE ACOSTA. *Historia natural y moral de la Indias*. (1589)
 (1539-1600)

- BARTOLOME DE LAS CASAS *Historia general de las Indias*. (escrita
 (1474-1566) entre 1527 y 1566)

Brevísima relación de la destrucción de las Indias.
 (1553)

Apologética histórica de Indias.

- GERONIMO DE MENDIETA. *Historia eclesiástica indiana*. (escrita
 (1525-1604) entre 1573 y 1597)

- BERNARDINO RIVEIRA (DE SAHAGUN). *Historia general de las*
 (? -1590) *Cosas de Nueva España* (redacción definitiva, 1569)

E.— *HISTORIADORES OFICIALES.*

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO. *Historia general y natural de las Indias.* (1535-37)

Sumario de la Historia natural de Indias. (1526)

AGUSTIN DE ZARATE. *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú.* (1514-?) (1555)

Reunido de esta manera el material pertinente, se planteaban otros problemas relativos a la tarea de investigación en sí. Porque la expresión “conceptuaciones de la historia” que empleamos para definir nuestra búsqueda admite dos posibilidades de desarrollo. Ante todo, abre paso a las reflexiones sobre la índole de lo histórico, sobre la historia entendida como una entidad a la que cabe circunscribir ontológicamente. Pero, por otro lado, involucra la indagación del sentido de la historia, las discusiones acerca de la existencia de un orden que trascienda la mera sucesión cronológica, el intento de aprehender las modalidades del acontecer histórico y los factores que lo caracterizan. Si la primera línea de cuestiones procura develar el *qué* de la historia, la segunda pretende aclarar el *cómo*.

En este trabajo procuramos averiguar cómo encararon ambas vertientes de la problemática los historiadores de Indias.

El siguiente apartado está dedicado al primer aspecto, el de la esencia de la historia. En general, nuestros autores partieron de planteos concordantes que procuraban definir la historia —diríamos hoy— a partir de la historiografía. En los apartados III, IV, V y VI abordamos las distintas maneras en que esos autores trataron el segundo aspecto de la cuestión.

Finalmente, procuramos extraer algunas conclusiones sobre la posible vinculación de los distintos grupos de cronistas con las conceptuaciones estudiadas.

II. “LO QUE VERDADERAMENTE ACONTECIO”

Los cronistas de Indias¹ se preocuparon por efectuar un adecuado deslinde entre sus obras y otras realizaciones pseudohistóricas que circulaban por la época. En cuanta ocasión se le presentara, se mostraban dispuestos a aclarar

1 Empleamos los términos “cronista” e “historiador” en un sentido amplio, como sinónimos. En el siglo XVI la denominación generalmente utilizada era la de “cronistas”. Sólo las obras de mayor envergadura podían ser tituladas “Historia”, según se desprende del siguiente párrafo de Agustín de Zárate: “Necesitóme a cesar allá en la escritura, y a traer acá para acabarla, los memoriales y diarios que pude haber, por medio de los cuales escribí una relación que no lleva la prolijidad y

que lo esencial de sus escritos lo constituía la existencia de un núcleo de verdad irrefutable. Entendían la historia como una entidad objetivamente enfrentada al historiador, que debía ajustar sus juicios a ella si deseaba librarse del error, la superchería o la leyenda. Esta línea de pensamiento se ubicaba en la tradición gnoseológica aristotélica, y no creemos necesario señalar aquí el seguro sendero que abrió el realismo crítico al avance de la ciencia.

Acerca de la veracidad como principal valor de la historia, leemos en Oviedo:

"[. . .] las historias no son de preciar ni de tener en mucho, si con la verdad no son acompañadas. Esta no falta aquí: que fielmente escribo [. . .] y como sólo Dios es el que sabe y puede entender a todos, yo, como hombre, podía ser engañado, y no tan al propio informado como conviene; pero oyendo a muchos, voy conociendo en parte algunos errores, y así voy e iré enmendando donde convenga mejor distinguir lo que estoviese dudoso o desviado de lo derecho" (Oviedo [1535-37] L. XXII, 1959: 254).

La frecuente inclusión de protestas de veracidad de esta índole por parte de los cronistas no se puede comprender sin tener en cuenta que al lector del siglo XVI se le ofrecía una variedad de obras que aspiraban al honroso título de "historias", sin merecerlo. Irving Leonard ha estudiado la evolución de las crónicas españolas desde la Baja Edad Media en adelante (Cf. Leonard 1953), advirtiendo cómo la progresiva incorporación a las mismas de ornamentos poéticos y detalles inventados acabó por convertirlas, de registros eruditos que eran, en "novelas históricas". Las novelas de caballería deben ser consideradas como el resultado final de este desarrollo. El uso deliberadamente inexacto en los títulos de palabras como "historia" y "crónica", como así también el empleo por parte de los novelistas de recursos destinados a otorgar apariencia de veracidad a sus obras, acabó por diluir en la mente de muchos lectores los límites entre realidad y ficción. Parece que los lectores del siglo XVI reclamaban crecientemente obras que aseguraran referir hechos verídicos, pero su poder discriminatorio era escaso, inclinándose a aceptar ingenuamente la veracidad de todo lo impreso.

Por otra parte, el descubrimiento y la conquista de América excitaron la imaginación, aguijoneando la inventiva épica y mitológica. Entre las fabulosas noticias que procedían del nuevo mundo y la novelaría de la época se produjeron activos intercambios, difundiéndose por ejemplo, la creencia en mitos como el de las Amazonas, a tal extremo que en algunas instrucciones dadas a los

cumplimiento que requiere el nombre de historia, aunque no va tan breve ni sumaria, que se pueda llamar comentarios, mayormente yendo dividida por libros y capítulos, que es muy diferente de aquella manera de escribir." (ZARATE [1555] 1946:47: 459).

conquistadores se establecían cláusulas relativas a la búsqueda de esas mujeres. Esta exaltación colectiva de la imaginación hizo sentir sus efectos en las obras verdaderamente históricas. Señala Kirkpatrick (1960) que las biografías de Pizarro, Almagro y Belalcázar presentan rasgos comunes basados en la tradición picaresca en la que difícilmente pueda hallarse un mínimo de verdad.

Ante esta situación difícil para su oficio, los historiadores auténticos se unieron a los moralistas en la prédica contra las “historias mentirosas” y procuraron dejar bien sentada la dignidad de su tarea, que exigía elevadas condiciones éticas para ser bien realizada. Sobre las cualidades del cronista dice Oviedo:

“Oficio es evangelista, y conviene que esté en persona que tema a Dios, porque ha de tratar en casos muy importantes y débelos decir no tanto arrimándose a la elocuencia y ornamento retórico cuanto a la pureza y valor de la verdad [. . .] pues que son memorias que han de durar más que los reyes y vida del príncipe a que sirven [. . .]” (Oviedo, *Libro de la Cámara del Príncipe don Juan*, en Esteve Barba 1954:70).

Coincidiendo en una idea de la historia que podría expresarse por medio del conocido aforismo de Ranke con el cual titulamos este capítulo, los cronistas de Indias discreparon en cuanto a qué proporción de ese tronco de hechos pretéritos realmente acaecidos debía ser objeto de la historiografía. Para unos, todo acontecimiento suficientemente comprobado merecía el calificativo de histórico. Para otros, sólo los hechos más notables entra lo verdaderamente acaecido integraban la historia. Siguiendo a Baliñas (1965: 47–78), creemos que la primera posición apuntaba a considerar la historia como “lo sucedido comprobado”, y la segunda como “lo sucedido memorable”. A continuación examinaremos las argumentaciones de los cronistas que se inclinaron por una y otra posición.

A. *La historia como lo sucedido comprobado*

Quienes concordaban en considerar la historicidad como la cualidad de lo sucedido asegurado por una adecuada investigación, no siempre coincidían en los requisitos que dicha investigación debía cumplir. Sin entrar en el problema metodológico, creemos importante analizar las diferencias que separaron a los cronistas con respecto a este tema, por cuanto derivan de intereses ajenos a un designio científico. No es casual que el grupo de cronistas-conquistadores pretendiera aceptar sin mayor crítica los testimonios procedentes de personas de su condición como indiscutiblemente válidos, mientras los historiadores que no compartían sus intereses argumentaran contra esa pretensión de excluyente derecho a la verdad por parte de los conquistadores y se abriesen a la

consideración de los testimonios más diversos, acentuando al mismo tiempo su esfuerzo crítico.

Los cronistas conquistadores afirmaron la significación de la *experiencia directa*, de la participación en los hechos mismos, como fuente de validez para toda narración histórica. La obra de Oviedo es puntualmente cuidadosa en este sentido; siempre se preocupaba por establecer lo que él “vio”, “conoció”, “probó”, “gustó” o “sufrió”, hasta tal extremo que la materia histórica —como ha señalado Salas— se confunda extrañamente con la biografía (Salas 1959: 64).

En uno de sus frecuentes ataques contra los humanistas que se permitían escribir sobre la realidad indiana desde el otro lado del océano. Oviedo nos dice:

“Todos estos libros están divididos, según el género e calidad de las materias por donde discurren; las cuáles no he sacado de dos mil millones de volúmenes que haya leydo [...] pero yo acumulé todo lo que aquí escribo de dos millones de trabajos e necessidades e peligros en veynte e dos años e más que ha que veo y he experimentado por mi persona estas cosas [...]” (Oviedo 1959, lib. I, vol. I).

También Bernal Díaz creía que los únicos testimonios directos eran los de los conquistadores, y que ese solo hecho los convertía en irrefutables:

“[...] y les dije (a dos licenciados que le habían pedido prestada su relación) que no enmendasen cosa ninguna de las conquistas, ni poner ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero[...].” (Díaz del Castillo 1946—47: 315-16).

Los cronistas interesados en el punto de vista oficial de los hechos aseguraban que los protagonistas brindaban los mejores testimonios (sobre todo si eran funcionarios).

“[...] Y en lo tocante a la gobernación y a las guerras y debates que ha habido, no pongo por jueces sino a los varones que se hallaron en las consultas y congregaciones y en el despacho de los negocios; estos tales digan lo que pasó, y cuenten los dichos del pueblo, y verán cómo no conuerda lo uno con lo otro” (Cieza 1946—47: 401).

En franca oposición al grupo de cronistas conquistadores, el resto de los historiadores de Indias hizo valer su derecho a la crítica. Veamos como Pedro Mártir de Anglería desenmascaraba las motivaciones que llevaron a Vasco Núñez de Balboa a presentarse como un hombre particularmente piadoso en sus cartas de relación:

“[...] en las mismas cartas se jacta [Balboa] de que tuvo muchos combates, pero nunca salió herido, y que no perdió ningún soldado peleando. Por eso en su larga carta no hay ninguna página que no esté llena de acción de gracias por haber salido bien de tantos peligros y trabajos. No hay ningún acto suyo sin invocar los Santos del Cielo, y delante siempre a la Virgen Madre de Dios. Así pues [...] parece transformado de violento Goliat en un Eliseo, y de un Anteo en un Hércules vencedor de monstruos;

y así, habiendo cambiado de temerario en obediente, le reputaron digno de honores y mercedes; y admitido a la gracia del Rey Católico, por diploma regio fue nombrado General de aquella región” (Mártir de Anglería 1944: Lib. IV cap. IV).

Coherentemente con esta posición, hubo historiadores que, aunque hubieran participado en forma directa en los acontecimientos a los cuales se referían, procuraron respaldar sus afirmaciones mediante otros testimonios, sobre todo escritos. Así lo hizo Hernando Colón con respecto al viaje en que acompañara a su padre, el cuarto:

“[...] yo no hubiese repetido tantas mutaciones, si además de hallarme presente, no lo hubiese visto escrito por Diego Méndez [...] el cual también envió por él a los Reyes Católicos por la cual conocerá el lector, pues está impresa, cuánto padecemos [...]” (Colón 1944: Cap. XCIV: 270).

El mismo Hernando Colón aceptó con reservas o desechó por completo una considerable cantidad de las exaltadas afirmaciones paternas, por ejemplo, aquellas en que el Almirante refería sus diálogos con la divinidad o las relacionadas con el hallazgo del Paraíso Terrenal. Actitud señaladamente opuesta a la de Las Casas, que aceptó de buen grado la información del Almirante e incluso se preocupó por justificarla mediante citas de vetustas autoridades, prolongadas a lo largo de cinco capítulos de su *Historia General*.

B. *La historia como lo sucedido memorable*

Los historiadores de Indias fueron conscientes de la existencia de lo que Simmel ha llamado “el umbral historiográfico”, esto es, un escollo que todo acontecimiento debería salvar si pretendiera constituirse en parte de la historia. Reiteradamente nos encontramos con afirmaciones que justifican y aun excusan la ineludible tarea de selección historiográfica.

“[...] ¿quién podrá contar los nunca oídos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado? [...] De todo esto hay tanto que decir que a todo escritor cansara en lo escribir. Por esta causa de más importante dello, muy poderoso Señor, he hecho y compilado esta historia de lo que yo ví y traté, y por informaciones ciertas de personas de fe pude alcanzar”. (Cieza 1946-47, t. II: 349).

Cieza aparecía dispuesto a subordinar la importancia del hecho a la posibilidad de asegurar su autenticidad, con miras a la inclusión en un texto histórico. Otros, que habían participado directamente en las acciones que referían, se sentían autorizados a imponer su criterio de selección sin aclarar en qué se fundaba:

“Dejo de decir muchas cosas que les sucedieron, por evitar prolijidad, solamente diré las cosas notables que más hacen al caso” (Jerez 1946-47, t. II: 320).

La necesidad de adoptar un criterio suficientemente explícito que permitiera distinguir los hechos "memorables" de aquellos que no lo eran, fue experimentada seriamente por Pedro Mártir. Debido a su condición de humanista, se vio inclinado hacia el predominio de los patrones estéticos en la labor de selección. En él encontramos dos respuestas sucesivas y no siempre complementarias al problema.

En primer lugar, dada la íntima conexión de su tarea con el interés inmediato de sus corresponsable, pensó que un hecho debía ingresar a la historia toda vez que hubiera despertado el interés de la época en que viviera el historiador:

"[. . .] yo de las muchas cosas que cada uno me contó, pasando por alto las que no son dignas de mención escojo únicamente lo que me parece ha de satisfacer a los amantes de la historia" (Mártir 1944: Dec. II, Lib. VII, Cap. I: 167-168).

Pero pronto el vivo sentimiento de independencia espiritual de los humanistas lo indujo a rechazar una excesiva subordinación al gusto del público. Llegó a la conclusión de que existía una dimensión estética en la historia en sí, una cualidad especial en determinados acontecimientos y en la conexión en que se dieron, que encerraba un considerable valor artístico-literario. El historiador debía estar atento a esa cualidad estética de los hechos en el momento de efectuar su tarea de selección. La conquista de México, por ejemplo, resultaba un episodio digno de integrar la historia,

"[. . .] pues de cada página trasciende lo fabuloso, y, desde luego, muy pocos novelistas —o quizá ninguno— han concebido un argumento tan pletórico de incidentes o han llevado sus héroes a la victoria frente a mayor desproporción" (Mártir, cit. en Kirkpatrick 1960: 47).

En cambio, había otros acontecimientos que, aunque debidamente comprobados, aunque importantes incluso para la comprensión del tema estudiado, carecían del menor indicio de belleza y en consecuencia, por chocantes e indignos de buen estilo, debían ser mencionados al pasar. Refiriéndose a los actos de rapiña de Pedrarias en Panamá, Pedro Mártir confesaba:

"Lo diré en pocas palabras, porque todo esto es horrible y agradable nada". (Mártir, 1944, Dec. IV, Lib. IX, Cap. III: 342).

Otros cronistas, aunque tuvieran una formación en muchos aspectos similar a la del erudito humanista italiano, no participaban de su interés predominantemente estético por los hechos del pasado. López de Gómara opinaba que la conquista de México se distinguía con nitidez en la historia de las Indias, al punto de dedicarle un libro:

"[. . .] porque fue bien hecha, como porque fue muy grande" (Gómara 1946-47, T. I: 295).

Según López de Gómara, los hechos históricos tenían una calidad superior cuando habían sido acciones bien planeadas, decididamente ejecutadas y habían alcanzado pleno éxito:

“Nunca griego ni romano ni de otra nación, [. . .] hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender a Moctezuma, rey poderosísimo, en su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros” (*Ibidem*: 350).

En cuanto a la “grandeza” del hecho, que obligaba al historiador a memorarlo, derivaba de su repercusión y de la cantidad de seres humanos que se habían visto afectados por el mismo. Hasta cierto punto hay algo en esta idea de Gómara que la hace aparecer como un antecedente del concepto de “eficacia” en la historia tal como fuera empleado por Meyer (1955:34).

Hubo por lo menos un cronista de Indias que comprendió que la selección historiográfica no era fruto de una elección del historiador guiado por su tabla de valores, sino que se le imponían necesariamente en su intento de comprender el pasado. En algunos párrafos de Agustín de Zárate encontramos una idea que parece anunciar la muy actual de “estructura histórica”. Por ejemplo:

“(. . .) después de escrito lo de mi tiempo, conocí que no se podría bien entender si no se declaraban algunos presupuestos, de donde aquello toma su origen; y así, de grado en grado fui sabiendo hasta hallarme en el descubrimiento de la tierra; porque van los negocios tan dependientes unos de otros, que por cualquiera que falte no tienen los que se siguen la claridad necesaria; lo cual me compelió a comenzar (como dicen) del huevo trojano” (Zárate 1946-47: II: 459).

y también este pasaje, que nos revela en Zárate a un hombre en posesión de una conciencia de lo esencial en su tarea de investigación muy superior a la común de su época:

“Aunque el intento principal desta historia sea contar las cosas en ellas sucedidas a los españoles que la conquistaron [. . .] pero porque esto no se podría bien entender sin tocar algo del estado en que los negocios de los indios que la gobernaban estaban en aquella sazón [. . .] diré en suma los términos en que hallaron la tierra en aquella coyuntura, para que haya más claridad en la historia” (*Ibidem*: 472).

III. LA HISTORIA CONDUCTA POR UN DESIGNIO TRASCENDENTE

Durante la Edad Media la conceptualización religiosa de la historia predominó de modo excluyente. Los historiadores estaban convencidos de la existencia de un orden histórico diseñado por la Providencia con miras a la redención, que arrancaba en la Creación y se dirigía hacia el Juicio Final. Esta visión cristiana del curso histórico entroncaba con una vieja tradición de raigambre oriental, una de cuyas manifestaciones más notorias está constituida por el Antiguo

Testamento. Toda la historia bíblica se funda en la aceptación de un principio trascendente que guía al pueblo elegido instándolo a la obediencia de la ley y al cumplimiento de la Alianza.

La conceptualización religiosa o teológica de la historia, tal como se manifestó a lo largo de la Edad Media, estaba expresada por tres notas básicas:

- a) existencia de un plan divino que ha predeterminado el curso histórico;
- b) visión del hombre como instrumento de Dios en la concreción de ese plan, y
- c) intervención directa de la Divinidad en los acontecimientos históricos (Collingwood 1965: 59-63).

En el cuerpo general de la historiografía indiana del siglo XVI, estas tres notas se presentan con una insistencia abrumadora.

El hecho se explica, en primer término, porque las obras más destacadas de la historiografía humanista en España no habían abandonado por completo esta conceptualización religiosa de la historia. La subsistencia de la misma en la obra de Juan de Mariana ha sido señalada por Fueter (1953: 248-249). Debe tenerse especialmente en cuenta que la obra de Mariana adquirió un valor paradigmático que se prolongó por más de un siglo.

Pero sobre todo es necesario reparar en que todos los cronistas de Indias, sin exclusiones, se vieron envueltos a raíz del descubrimiento, exploración y conquista de América, en una efervescente ola de mesianismo que es una nota típica de la mentalidad europea del siglo XVI. La Baja Edad Media había padecido un rebrote de milenarismo. En el siglo XV, el Cronista de Nüremberg estaba convencido de que la Penúltima Sexta Era había llegado, de manera que la última no tardaría en aparecer (Childe 1971: 63). Podemos imaginarnos qué significaría el descubrimiento de un mundo nuevo para quienes como el Cronista, aguardaban con angustia la pronta extinción de la humanidad. El descubrimiento de América se integró de inmediato al curso providencial de la historia como un hecho alentador de extraordinaria importancia, pues hacía prever la feliz instauración del Reino, del cual se gestaba ya un anticipo en la sociedad recién fundada en las Indias. Por eso López de Gómara le aclaraba a Carlos V:

“Muy Soberano Señor: La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias; y así, las llaman Nuevo Mundo” (Gómara 1946-49: 156).

Lafaye ha señalado cómo esa ola de creciente fervor mesiánico se expandió por entonces a las comunidades protestantes y también a la judía (Lafaye 1970: 27-28). Un análisis de los símbolos religiosos encarnados por América (el desierto purificador, el jardín del Edén, la travesía bautismal del Atlántico, la

plantación de la nueva semilla, la tierra prometida, la vida natural carente de pecado) ha sido realizado por David Brion Davis (1968: 13-16).

El brote de mesianismo alcanzó con particular virulencia la mentalidad de algunos grupos de cronistas, sobre todo los religiosos y conquistadores. Ambos grupos protestaban su acendrado espíritu religioso y pretendían llevarse las palmas de la tarea evangelizadora. Mencionemos las opiniones contrapuestas del cronista Bernal Díaz y el fraile franciscano Jerónimo de Mendieta al respecto:

“Mas si bien se quiere notar, después de Dios, a nosotros los verdaderos conquistadores que los descubrimos y conquistamos, y desde el principio les quitamos sus ídolos y les dimos a entender la santa doctrina, se nos debe el premio y galardón de todo ello, primero que a otras personas, aunque sean religiosos [. . .]” (Díaz del Castillo 1946-47; II: 309-310).

“¿Qué tantos españoles seculares habrán pasado de la vieja España a la nueva, aunque sea con cargos reales, por celo de salvar sus ánimas o de ayudar a las de sus prójimos o de ampliar y extender la honra y gloria del nombre de Jesucristo? Por cierto, bien probable es y se puede creer sin escrúpulo, que con tales propósitos no ha venido ninguno.” (Mendieta, cit. por Konezke 1974: 227).

Si bien puede discutirse que el celo apostólico haya constituido una motivación determinante para quienes pasaron a América (exceptuando el caso de los misioneros, claro está), no cabe duda de que los conquistadores se sintieron instrumentos de la voluntad divina en la realización de una empresa providencial. Ese sentimiento les confirió una robusta fuerza moral que contribuye a explicar sus éxitos en la lucha contra los indios y su subsistencia en un medio hostil. Los capitanes arengaban a sus hombres recordándoles la ayuda que Dios habría de proporcionarles:

“E yo [. . .] acordándome que siempre a los osados ayuda la fortuna, y que éramos cristianos, y confiando en la grandísima bondad y misericordia de Dios, que no permitiría que del todo pereciésemos [. . .] me determiné de por ninguna manera bajar los puertos hacia la mar.” (Cortés, 1946-47, Segunda Carta: 47).

“[. . .] yo los animaba diciéndoles [. . .] que como cristianos éramos obligados a empuñar contra los enemigos de la fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, y en éste conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó.” (*Ibidem*: 17)

Los conquistadores se sentían campeones de la fe. El mismo Colón había escrito un *Libro de las Profecías* en el que trataba de probar que el Antiguo Testamento predecía los descubrimientos que había realizado y la reconquista del Santo Sepulcro que pensaba emprender lo antes posible. Su firma simbólica (cuyo significado exacto se ignora) lo muestra convencido de que era un hombre escogido por Dios. En sus escritos se encuentran presuntos diálogos con la Divinidad a la manera de un nuevo Moisés. (Colón 1944, LXXXIV: 238).

También Cortés se consideraba un hombre escogido para la realización de

los más altos designios:

“[. . .] y Dios nuestro Señor, fue servido de me hacer medio por donde viniese en su conocimiento.” (Cortés 1946-47, Carta Cuarta: 116).

La insistencia de los conquistadores en presentarse como agentes providenciales creó graves males a quienes se mantenían dentro de una idea de la historia conceptuada en términos religiosos. Un espíritu más libre, como el ya citado Pedro Mártir (1944, Dec. III, Lib. IV, cap. IV), podía permitirse el escepticismo. Pero los autores religiosos debieron enfrentar la contradicción entre la inmoralidad de los conquistadores, que censuraron mil veces, y el favor con que Dios había premiado sus esfuerzos. ¿Cómo conciliar la culpabilidad de los conquistadores con la elección divina que los había convertido en instrumentos de Su Voluntad?

El padre Acosta intentó solucionar el problema disculpando parcialmente a los conquistadores, contraponiéndoles los pecados de los indios o mediante argumentos relativos a la capacidad de Dios para escribir derecho sobre renglones torcidos y a la inescrutabilidad de sus últimos designios.

“[. . .] ha tenido nuestro Señor cuidado de favorecer la Fe y Religión cristiana, defendiendo a los que la tenían aunque ellos por ventura no mereciesen por sus obras semejantes regalos y favores del Cielo. [. . .] Y lo que es más, el Señor de todos, aunque los fieles fueron pecadores, quiso favorecer su causa y permitido para bien de los mismos infieles que habían de convertirse después por esa ocasión al Santo Evangelio. Porque los caminos de Dios son altos, y sus trazas maravillosas.” (Acosta 1894: 349-350).

Por otra parte, interpretó la elección divina de los conquistadores como instrumento para la difusión de la fe a causa de la defección de los religiosos y la escasa vocación que demostraban en su época:

“[. . .] es traza de Dios, en tiempos en que los predicadores de El Evangelio somos tan fríos y faltos de espíritu, que haya mercaderes y soldados que con el calor de la codicia y el mando busquen y hallen nuevas gentes donde pasemos con nuestra mercadería.” (*Ibidem.*: 353).

Es importante comprender cómo historiadores a quienes su tarea había convencido de los actos de barbarie cometidos durante la conquista, al verse constreñidos por una conceptualización religiosa de la historia, no lograron eludir el peligroso argumento de que el fin justifica los medios. Dios había querido el sometimiento de los indígenas porque de ese mal habría de nacer el bien de su conversión. (*Ibidem.*: 358)

En esta interpretación de la conquista hubo coincidencias entre los religiosos que no abrazaron abiertamente la causa indigenista y los conquistadores que se negaron a excusar los excesos cometidos por su grupo, como Cieza, a quien vemos expresarse en términos similares a los del padre Acosta:

“No dejo yo de tener que, como los juicios de Dios sean muy justos, permitió que estas gentes [. . .] padeciesen de los españoles tantos males; pudo ser que su divina justicia lo permitiese por sus pecados [. . .] yo sé y ví muchas veces hacer a los indios buenos tratamientos por hombres templados y temerosos de Dios [. . .] y la bondad y misericordia de Dios, que no permite mal alguno de que no saque los bienes que tiene determinado, ha sacado destos males muchos y señalados bienes, por haber venido tanto número de gentes al conocimiento de nuestra santa fe católica, y a estar en camino para poderse salvar.” (Cieza 1946:47; T. II: 355).

Impulsados por argumentos de esta índole, muchos cronistas se inclinaron a presentar el estado de cosas inmediatamente posterior a la conquista como promisorio, si no ideal, teniendo en cuenta la reciente incorporación de los indios a la comunidad cristiana. (*Ibidem*: 354-355).

En ninguna obra encontramos una interpretación tan meditada de los acontecimientos que determinaron el resultado de la conquista como en la de Acosta. Las divisiones existentes entre las parcialidades indígenas, la tiranía previa a la llegada de los españoles, que disponía favorablemente a los pueblos sometidos, la creencia en las señales del arribo de enviados de los dioses, el hecho mismo de la organización imperial y la difusión de lenguas generales que iban a facilitar la predicación, todo aparecía sabiamente dispuesto por la Providencia a los efectos de una rápida implantación del cristianismo en las nuevas tierras. (Acosta 1894, II: 353-357).

Acosta concluía que el proceso de organización imperial previo a la penetración del cristianismo era similar en América al producido en el antiguo mundo romano, de manera que estimaba válido aplicar el molde de la sucesión de imperios entrevisto por el profético sueño de Daniel a la conquista y evangelización del Nuevo Mundo.

“[. . .] juzgó el Altísimo que aquella piedra de Daniel [D., 2] que quebrantó los reinos y monarquías del mundo, quebrantase también los destotro mundo nuevo, y así como la ley de Cristo vino cuando la monarquía de Roma había llegado a su cumbre, así también fue en las Indias Occidentales: y verdaderamente fue suma providencia de el Señor. Porque el haber en el orbe una cabeza, y un Señor temporal (como notan los sagrados doctores), hizo que el Evangelio se pudiese comunicar con facilidad a tantas gentes y naciones. Y lo mismo sucedió en las Indias [. . .]” (Acosta 1894, II: 352).

Aunque no todos los autores desarrollaron una interpretación de la conquista a la luz del Plan Divino que se aproximara a los términos de la de Acosta, hubo otro rasgo propio de la conceptualización religiosa de la historia que fue reiterado con asiduidad: las intervenciones trascendentes en el curso histórico.

Esas intervenciones se manifestaban, ante todo, imponiéndose al orden natural y alterándolo con fines inmediatos. Se trataba de los milagros, que gozaron incluso de un florecimiento inusual en esa época de gran excitabilidad imaginativa y que tenían tradicionalmente un lugar asegurado en las crónicas.

El término milagro se empleaba, en sentido amplio, para cada victoria militar, haciendo hincapié en la desigualdad numérica o lo arriesgado de la acción. Así reflexionaba Pizarro después de haber capturado a Atahualpa:

“Doy gracias a Dios nuestro Señor, y todos, señores, las debemos dar, por tan gran milagro como en este día por nosotros ha fecho; y verdaderamente podemos creer que sin especial socorro suyo no fuéramos parte para entrar en esta tierra, cuanto mas vencer una tan gran hueste.” (Jerez 1946-47: 238).

Ya hemos visto una interpretación de las motivaciones que inducían a los conquistadores a presentarse como bienquistos de la divinidad (vid. *supra*). Deberíamos señalar que las invocaciones a la ayudas celestiales en las arengas destinadas a elevar la moral de la tropa podían predisponer al encuentro con lo milagroso (Cf. Jerez 1946-47: 328). No es extraño, pues, que en el transcurso de las batallas, esos hombres confiados en el auxilio trascendente testimoniaran haber visto apariciones providenciales, de las cuales la más frecuente era la del apóstol Santiago. El cronista Mariño de Lobera relata así una de esas apariciones:

“[. . .] que estando los indios en su mayor coraje y certidumbre de su victoria, vieron venir por el aire un cristiano en un caballo blanco con la espada en la mano desenvainada, amenazando al bando índico y haciendo tan grande estrago en él, tanto que se quedaron todos pasmados y despavoridos.” (Mariño de Lobera, en Lafaye 1970: 147).

Los cronistas relatan frecuentes ayudas milagrosas en las fantásticas aventuras vividas por algunos españoles entre los indios. Citaremos dos casos paralelos de curaciones por milagro. El primero referido por Pigafetta.

“Oyó el capitán el relato [acerca de un nativo enfermo a quien se pretendía curar recurriendo a la idolatría] y animado de un santo celo dijo que si tenían verdadera fe en Jesucristo, quemaran todos sus ídolos y bautizasen al enfermo, que curaría, pues estaba convencido de ello [. . .] Le bautizamos [. . .] [y] el capitán inmediatamente después del bautismo, le preguntó qué tal se encontraba, y él respondió repentinamente que, gracias a nuestro Señor, ya estaba bien. Fuimos todos testigos de vista de este milagro, dando gracias a Dios, especialmente el capitán.” (Pigafetta 1941: 111-112).

En otro pasaje similar, relatado por Alvar Núñez, los sobrevivientes de la expedición a la Florida son hechos esclavos por los indios y obligados a actuar como médicos, pues se los considera hechiceros benéficos (lo cual, dicho sea de paso, les salvó la vida). Los improvisados médicos hacen lo que pueden, agregando a las succiones, sangrías e imposiciones de manos, un Padre Nuestro,

un Ave María y la señal de la cruz. Entonces:

"[. . .] quiso Dios nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos decían a los otros que estaban buenos y sanos." (Núñez, cit. en Lafaye 1970: 173-174).

Alvar Núñez había adquirido sólida reputación de "milagrero" por su intervención directa en un caso de "resurrección". Así relata el caso Gómara:

"Fue Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Andrés Dorantes, que también curaba; mas cuando llegaron allá, era muerto el herido; y confiados en Jesucristo, que obra sanidades, y por conservar sus vidas entre aquellos bárbaros, lo santiguó y sopló tres veces Alvar Núñez, y revivió, que fue milagro. Así lo cuenta él mismo." (Gómara 1946-47, t. I: 182).

Las intervenciones de la Divinidad en las obras de los historiadores de Indias no se limitan al aspecto milagroso. Son frecuentes también las acciones de Dios Juez castigando a quienes se negaban a seguir los dictados de su voluntad. Si había sido designio de Dios hacer llegar por medio de los conquistadores la fe a los indígenas, quienes se negaran a cumplir la función a la que habían sido destinados y trataran con crueldad a los indios, soportarían un condigno castigo. Tal el caso de Roque Martín, vecino de Cali, que relata Cieza (Cieza 1946-47, T. II: 457).

Los cronistas hacían intervenir activamente en la historia al Demonio. Todo el orbe cultural de lo indígena estaba plagado de errores pergeñados por el príncipe de las tinieblas, errores peligrosos tramados sutilmente, de manera que apenas pudieran distinguirse de las tradiciones religiosas lícitas. El padre Acosta incorporaba con frecuencia en su obra la participación demoníaca, apuntando tal vez a despertar en los auténticos cristianos un sentimiento de compasión por el indígena, víctima inocente de manejos trascendentes que espapaban a su voluntad. Los títulos de algunos capítulos de su *Historia Natural y Moral* nos demuestran que, por lo menos en ella, el demonio no descansa:

"Cap. XV. De los monasterios de doncellas que tiene el Demonio para servirse.

Cap. XVI. De los monasterios de religiosos que tiene el Demonio para su superstición.

Cap. XVII. De las penitencias y esperanzas que han usado los indios por persuasión del Demonio (. . .) (Acosta 1894: XII-XIII).

La solapada manera de obrar del demonio, imitando las disposiciones de la Ley Evangélica, era desenmascarada por Acosta siempre que atisbara su presencia entre los ritos indígenas (Acosta 1894: 43-45, 52). No obstante, las intervenciones demoníacas no deben hacer pensar que los cronistas entendían la historia como una lucha de carácter maniqueísta. El Demonio intervenía, en último término, como un agente más de la Providencia:

"(. . .) estos indios no tienen creencia, a lo que yo alcancé, ni entienden

más que lo que permite Dios que el Demonio les diga.” (Cieza 1946-47: 372).

“Dios nuestro Señor sabe por qué permite que el Demonio hable a estas gentes y haya tenido sobre ellos tan gran poder. . .” (*Ibidem.* : 385)

IV. LA HISTORIA GESTADA POR LA ACCION DE LOS GRANDES HOMBRES

Una proporción considerable de las obras de los cronistas, sobre todo las pertenecientes a los grupos que denominamos “humanistas” y “conquistadores”, contienen la creencia en que el curso histórico es impulsado por la acción decidida de las grandes individualidades.

Los factores que alimentaban esta creencia eran, básicamente, los siguientes:

- a) el afán de gloria perseguido por los conquistadores, que los llevaba a exaltar su actuación personal;
- b) la organización, por parte de la Corona, de un sistema de comunicaciones tal que convertía cada carta de relación enviada desde América en una posibilidad de encumbramiento para los jefes de las expediciones, y
- c) la influencia, en muchos historiadores “de oficio”, del pensamiento humanista, tendiente a destacar la significación histórica de las personalidades de excepción.

Además, en algunas oportunidades, el mismo objetivo que se había propuesto el cronista involucraba su inclinación hacia la teoría del “gran hombre”, como en la obra de López de Gómara, consagrada a la glorificación de Cortés, o en la de Hernando Colón, destinada a reivindicar la figura del Almirante.

La exagerada estima del propio valer y la idea de ser piezas insustituibles en un juego trascendente convencieron a los conquistadores de su papel decisivo en la historia. En su mentalidad se imbricaban elementos que señalan una afirmación exaltada del yo y el arrojo temerario, el sentimiento de independencia, la arrogancia, la deslealtad, el desprecio por las normas jurídicas y morales. Atendamos una protesta exacerbada de los propios méritos:

“[. . .] entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta de ellos, y el más antiguo de todos; y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el más antiguo y he servido como muy buen soldado a su majestad [. . .] (Díaz del Castillo 1946-47, T. II: 312).

Gente como Bernal Díaz había arriegado su vida en pos del deseo de acrecentar su honra, de “valer más”, de adquirir renombre, de ascender socialmente por la vía tradicionalmente considerada como la más difícil y

respetable: ganando su propio señorío con las armas en la mano. Podemos comprender cómo todo lo escrito por hombres de esta naturaleza apuntaría a constituirse en testimonio de sus méritos personales, sobre todo si ese testimonio era capaz de granjearle el favor real, del cual dependía el logro de sus máximas ambiciones.

“También tenga vuestra merced cuidado de hacer saber a su majestad cómo le servimos con nuestras personas y haciendas y a nuestra costa; lo uno para descargo de la conciencia de vuestra merced, y lo otro para que nos haga mercedes.” (Alvarado 1946-47: 459).

Las crónicas escritas por los conquistadores tenían el carácter de probanzas de méritos y servicios. El hecho de que se desarrollara este género se debió, en gran medida, a la necesidad de información permanente por parte de la Corona, preocupada por el acierto de su gobernación en tierras tan distantes. Ya Fernando el Católico había recordado a Diego Colón su deber de no ejercer censura alguna sobre las comunicaciones que desearan ser enviadas al rey. (Fernando el Católico a Diego Colón -14-11-1509-, cit. por Hanke 1949: 86). Los conquistadores, por otra parte, continuaban con sus escritos una tradición sólidamente asentada en la península: la redacción de memorias militares, que por entonces solían hacerse con una prosa suficientemente fluida (Cf. Fueter 1963: 260-261).

El sistema de información ideado por la Corona en conexión con su política premial destinada al adelantamiento de tierras era ejercido a través de los jefes de expedición. Estos redactaban sus relaciones retocando frecuentemente los hechos para apropiarse de los méritos de la empresa. La acción valerosa de los subordinados era soslayada, como revela esta carta de Pedro de Alvarado a Hernán Cortés:

“Vuestra merced me hizo merced de la tenencia de esa ciudad, y yo le ayudé a ganar y la defendí cuando estaba dentro con el peligro y trabajo que vuestra merced sabe; y si hubiera ido en España, por lo que yo a su Majestad he servido, me la confirmara e hiciera más mercedes; hanme dicho que su majestad ha proveído; no me maravillo, pues de mí no tiene noticia, y de esto nadie tiene la culpa sino vuestra merced, por no haber hecho relación a su Majestad de lo que yo le he servido, pues me envió acá: suplico a vuestra merced le haga relación de quién soy yo y lo que a su Majestad he servido en estas partes, y dónde ando, y lo que nuevamente he conquistado, y la voluntad que tengo de le servir en lo que adelante, y cómo en su servicio me he lisiado de una pierna, y cuán poco sueldo hasta agora he ganado yo y estos hidalgos que en mi compañía andan, y el poco provecho que hasta ahora se nos ha seguido.” (Alvarado 1946-47: 463).

Cortés era un experto en escamotear la verdad con miras a su provecho. Un fragmento de Bernal Díaz denuncia su actitud cuando los capitanes y los soldados a sus órdenes, instigados por los procuradores Hernández Portocarrero y

Francisco de Montejo, le presentaron una relación firmada por todos que pensaban enviar directamente al rey desde Veracruz:

“[...] como vio la relación tan verdadera, y las grandes loores que de él dábamos, hubo mucho placer y dijo que nos lo tenía en merced, con grandes ofrecimientos que nos hizo; empero no quisiera que dijésemos en ella ni mentáramos del quinto del oro que le prometimos, ni que declaráramos quiénes fueron los primeros descubridores; porque, según entendimos, no hacía en su carta relación de Francisco Hernández de Córdoba ni de Grijalva, sino a él solo se atribuía el descubrimiento y la honra y honor de todo; y dijo que ahora al presente aquello estuviera mejor para escribir, y no dar relación a su Majestad de ello; y no faltó quien le dijo que a nuestro rey y señor no se le ha de dejar de decir todo lo que pasa.” (Díaz del Castillo 1946-47: 48)

Podemos fácilmente imaginar las derivaciones que tendría un material de la naturaleza de las cartas de relación firmadas por el propio Cortés al ser utilizado como testimonio irrefutable por un cronista vinculado a su familia. López de Gómara entendía que las acciones de Cortés, como las de otras grandes figuras históricas, requieran especial atención historiográfica, en cuanto a extensión y profundidad:

“E por cuanto él [Cortés] hizo muchas y grandes hazañas en las guerras que allí tuvo, que sin perjuicio de ningún español de Indias, fueron las mejores de cuantas se han hecho en aquellas partes del Nuevo Mundo, las escribiré por su parte, a imitación de Polibio y de Salustio, éste la de Mario y aquel la de Scipión.” (Gómara 1946-47: 184-185).

En los momentos en que aparecía una de esas figuras colosales la historia se reducía a su vida. La conquista de México no era un hecho histórico en el cual hubiera jugado un papel importantísimo Cortés, sino que era el más importante episodio en la vida del Conquistador. La historia quedaba asimilada a la biografía.

El caso de Colón es tan interesante como el de Cortés para apreciar el desenvolvimiento que la idea de la acción decisiva de los grandes hombres como motor del curso histórico tuvo en la historiografía indiana. El Almirante, en sus escritos, se mostró agresivo con quienes habían tomado parte en su empresa. Capitanes, pilotos, armadores y calafates fueron blanco de sus críticas, atenuadas sólo al referirse a los tripulantes.

Lo importante para nosotros no es establecer el grado de justicia que pudiera haber en las afirmaciones del descubridor, sino advertir cómo la esencia de esas críticas fue exagerada por su hijo Hernando, convirtiendo a los tripulantes, sobre todo, en un hato de individuos desfallecientes y celosos, propensos a conjurarse para hacer fracasar la empresa. Frente a ellos se eleva, con la majestuosa soledad propia de los héroes épicos, la figura del Almirante. Rumeu de Armas se ha ocupado de analizar la forma en que Hernando Colón se

apartó de los testimonios paternos para crear un clima de especial tensión entre el jefe y sus subalternos. Pasajes como el siguiente son considerados falaces por el historiador español:

“Cuantas más señales veían que salían vanas, tanto más crecía el miedo de la gente y se aumentaba la ocasión de murmurar y retirados en los navíos decían que el Almirante, con su loca fantasía, había resuelto hacerse gran señor a costa de sus vidas y peligros.” (Colón 1974; cap XIX: 65).

Los grandes hombres, dentro de la historiografía indiana, lo eran por sus virtudes militares. Las principales consistían en el valor personal, el espíritu de sacrificio y las aptitudes paternales del caudillo, así como en la prudencia de sus determinaciones. Seleccionemos al azar un pasaje de López de Gómara:

“Quiso Cortés purgarse con una masa de píldoras que sacó de Cuba; partió cinco pedazos y tragóselos a la hora, que de noche se suelen tomar, y acaeció que luego al otro día, antes que obrase, vinieron tres muy grandes escuadrones a dar en el real, y porque sabían cómo estaba malo, o pensando que de miedo no habían osado salir aquellos días. Dijéronselo a Cortés, y él, sin mirar que estaba purgado, cabalgó y salió con los suyos al encuentro, y peleó con los enemigos todo el día hasta la tarde. Retrújoles un grandísimo trecho, y tornóse al real, y al otro día purgó como si entonces tomara la purga. No lo cuento por milagro, sino por decir lo que pasó, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, y siempre el primero que se hallaba a las puñadas con los enemigos; y no solamente era buen hombre por las manos [...] pero aun tenía gran consejo en lo que hacía.” (Gómara 1946-47: 330)

Los historiadores de Indias acudieron a salvar el honor de sus héroes toda vez que resultó necesario, excusando su participación en los actos más censurables, como la intervención de Cortés en la tortura y muerte de Cuauhtemoc (Cf. *Ibidem.*: 393)

También se encargaron de salir al paso de quienes se animaban a poner en duda la claridad del linaje de esos grandes hombres. Todavía hoy se discute la ascendencia de Colón, desde que aquel cronista genovés, Agustín Justiniano, afirmara en su *Psalterium* que el descubridor había nacido de padres artesanos. Hernando Colón se indignaba al respecto:

“[...] es mejor que tengamos toda la gloria del Almirante, que andar inquiriendo si su padre fue mercader o cazador de volatería [...] a lo menos por su famoso nombre y valor debía ser tratado de los escritores sin incluirle en artes mecánicas o ejercicios manuales, lo cual [...] escribe cierto Agustín Justiniano.” (Colón 1944, Cap II; 22).

Algunos historiadores de Indias, formados al calor del humanismo, estimaban que su profesión los convertía en custodios del acceso a la inmortalidad. También ellos, como los poetas antiguos, asumieron el rol de *dispensatores gloriae*. A partir del siglo XV, muchos reyes y príncipes del área

mediterránea se vincularon a humanistas y poetas encargados de perpetuar la gloria de sus hazañas. Un Sannazaro podía amenazar con la oscuridad eterna a Alfonso de Nápoles apenas éste se atrasara en el pago, mientras Angelo Poliziano conminaba al rey Juan II de Portugal a que le hiciera llegar los materiales de los descubrimientos realizados en la costa africana para que él pudiera bruñirlos con el debido "estilo" (Cf. Burckhardt 1968). En el siglo siguiente, López de Gómara era plenamente consciente de su función con respecto a la fama de Cortés:

"Acabáronse los reinos y linajes de Nino, Darío y Ciro; que comenzaron los imperios de asirios, medos y persianos; mas duran sus nombres y fama en las historias. Los reyes godos de nuestra España fenecieron, mas sus gloriosos hechos en las crónicas viven." (Gómara 1946-47: 295)

Esta actitud era considerada por los mismos historiadores como la agradecida entrega de una ofrenda a quienes se habían hecho acreedores a mucho más, dado el valor de sus gestas. Al obrar así, los historiadores denegaban cualquier móvil ajeno a un designio puramente moral que pretendiera atribuírseles. Manifestaban haberse conducido con respecto a la memoria de los grandes hombres, al igual que los antiguos, con absoluta libertad intelectual:

"Solía la agradecida antigüedad tener por Dioses a los hombres por cuya industria y grandeza de alma se descubrían sus tierras desconocidas de los antepasados. Pero a nosotros, que tenemos un solo Dios [. . .] réstanos que a tales hombres, si no los adoramos, sin embargo, los admiremos, y reverencemos a los reyes bajo cuya dirección y auspicios pudieron aquéllos realizar sus pensamientos, y a unos y a otros les ensalcemos e ilustremos mercedamente cuanto podamos". (Mártir 1944, Dec. I, Lib. I, Cap. I: 3).

Ensalzar a los grandes hombres de la historia para ejemplo de la posteridad era una tarea grata al mismo Dios:

"[. . .] y también quiere [Dios] que se escriban las guerras, hechos y vidas de reyes y capitanes, para memoria, aviso y ejemplo de los otros mortales: v así lo, hicieron Moisés (sic). Esdras y otros santos." (Gómara 1946-47: 184-185).

Lamentablemente, no podía ser llevada a cabo por los hombres de la época con la perfección con que lo habían hecho los antiguos:

"¡Si esto lo hubiera realizado un griego! [la hazaña de El Cano] ¡Qué no habría inventado la Grecia acerca de esta novedad increíble! Dígase qué es lo que hizo la nave de los argonautas, la cual sin avergonzarse ni feírse, cuentan supersticiosamente que fue llevada al cielo." (Mártir 1944, Dec. V, Lib. VII y Cap. VII: 438).

Pero las grandes figuras históricas que intervinieron en la empresa española en las Indias, ésas sí admitían el paralelo con personalidades clásicas y bíblicas. En sus esfuerzos por elevar el rango heroico de las acciones de los hombres cuyos hechos historiaban, muchos cronistas cayeron en burdas exageraciones y paralelismos inaceptables. Mariño de Lobera, cronista de la desafortunada

expedición de Valdivia, comparaba el aniquilamiento de su pequeña tropa (unos 40 hombres) con el ejército de Ciro en su campaña contra los escitas (Lafaye 1970: 149-150). Este autor solía recurrir también a paralelismos con figuras bíblicas. En el momento de su muerte a manos de los araucanos, Valdivia se prosternó ante el Todopoderoso

“como lo hizo el rey Josafá cuando vinieron contra él los moabitas y los amonitas”. (*loc. cit.*).

No debe creerse que este tipo de paralelismo era exclusivo de los autores que manejaban cierto caudal de erudición. En su afán de gloria y honra, los conquistadores de todo rango se sentían estimulados por el recuerdo de las acciones de los antiguos a tal punto que los jefes de la tropa recurrían a los paralelos para infundir ardor a sus hombres. Comparaciones de esta índole son frecuentes en Bernal Díaz (Cf. Díaz del Castillo 1946-47, T. II: 51 y 61).

Los rastros de una concepción religiosa de la historia —siempre presente en la mente de los cronistas—, se asociaron a la exaltación de los grandes hombres, presentándolos como seres escogidos por la divinidad y rodeando muchas circunstancias de sus vidas de una aureola milagrosa semejante a la que aparecía en las leyendas de los santos. Ya hemos señalado la convicción de algunos exploradores y conquistadores de ser hombres señalados por la voluntad de Dios. Gómara refiere que Cortés —que fuera un niño enfermizo—, se salvó de la muerte durante su infancia por unas oportunas ofrendas que su ama de llaves hiciera a San Pedro (Cf. Gómara 1946-47, T. II: 149), y Mendieta oponía la figura de Cortés, azote de Dios, a la de Lutero, discípulo de Satán. (Cf. Mendieta 1947: 174-175).

Una derivación interesante de esta idea era el retorno a la creencia en la aplicación de un castigo divino a toda la comunidad cuando alguna de esas personalidades descollantes había cometido un agravio contra Dios. Durante la antigüedad, los grandes hombres habían constituido, en las culturas del cercano oriente, el nexo indispensable entre una sociedad rígidamente estratificada y los dioses (Cf. Childe 1971: 63-74). En la Biblia, la condena de los pueblos por los pecados de sus jefes se realiza masivamente. Hasta cierto punto esta idea subyace en el siguiente pasaje de Gómara, donde se narra la catastrófica precipitación que cayó sobre Guatemala luego que la viuda de Pedro de Alvarado cometiese diversos pecados:

“Hizo doña Beatriz de la Cueva grandes extremos, y aun dijo cosas de locas cuando supo la muerte de su marido. Tiñó de negro su casa por dentro y fuera. Lloraba mucho; no comía, no dormía, no quería consuelo ninguno; y así diz que respondía a quien la consolaba, que ya Dios no tenía mal que hacerle. Palabra de blasfemia, y creo que dicha sin corazón ni sentido [. .].

Empero, en medio de aquella tristeza y extremos, entró en regimiento y se hizo jurar por gobernadora, desvarío y presunción de mujer [. . .]” [se desencadenó entonces una tormenta sobre la ciudad, causando seiscientas muertes, entre ellas la de doña Beatriz.] (Gómara 1946:47, T. I: 286).

V. LA HISTORIA COMO PUGNA DE INTENCIONALIDADES

En su búsqueda afanosa de riquezas, honra y gloria, los conquistadores se enfrentaron en luchas sangrientas, la más conocida de las cuales es sin duda la que protagonizaron pizarristas y almagristas en el Perú. Lafaye (1970) ha destacado en qué medida la organización jerárquica de aquellos grupos de aventureros convertidos en afortunados dueños de un valiosísimo botín fomentaba las rivalidades que podían degenerar en guerras sin cuartel. Por debajo de los jefes de expedición, los capitanes y lugartenientes, el grueso de las tropas que participaron en las conquistas estaba integrado por veteranos de las guerras de Italia que a menudo veían frustradas sus ambiciones de promoción y enriquecimiento por obra de sus superiores. Cada repartimiento era motivo de disputas y los postergados estaban siempre dispuestos a tomar las armas apenas surgiera un cabecilla que decidiera luchar por sus reivindicaciones. Cuando los hombres que habían participado en estos enfrentamientos tomaban la pluma para escribir una relación de los mismos, el significado, origen y alcance de las rivalidades planteadas debía atraer necesariamente su atención. ¿Cómo podrían comprender los factores que habían generado aquellas luchas, sino a partir de una criteriosa evaluación de las intencionalidades en pugna? La historia debía presentarse entonces como un proceso animado desde el interior por agentes de carne y hueso que perseguían objetivos concretos.

El mismo Cortés, que aludía sistemáticamente a la acción trascendente de la divinidad sobre el curso de los acontecimientos, prefería analizar los objetivos perseguidos por los protagonistas de los acontecimientos cuando se trataba de deslindar responsabilidades ante el rey. Así puede apreciarse en el siguiente párrafo referido a la llegada de Pánfilo de Narváez, que pusiera en peligro el éxito de su expedición.

“E según de los indios yo me informé, tenían acordado que si a mí el dicho Narváez prendiese, como él les había dicho, que no podría ser tan sin daño suyo y de su gente, que muchos dellos y de los de mi compañía no muriesen. E que entre tanto ellos matarían a los que yo en la ciudad dejaba, como lo acometieron. E después juntarían y darían sobre los que acá quedasen, en manera que ellos y su tierra quedasen libres, y de los españoles no quedase memoria. E puede vuestra alteza ser muy cierto que *si así lo ficieran y salieran con su propósito*, de hoy en veinte años no se tomará a ganar ni a pacificar la tierra, que estaba ganada y pacificada.” (Cortés 1946:47: 40)

Algunos cronistas comprendieron que las equivocaciones a la hora de interpretar los designios de los hombres involucrados en un acontecimiento histórico destinaba la labor historiográfica al fracaso. Había que evitar, sobre todo caer en explicaciones manidas y generalizaciones simplistas. Así, Bernal Díaz le reprochará a Las Casas no haberse detenido a reflexionar con el detenimiento que requería la importancia del hecho, sobre los verdaderos motivos que llevaron a Pedro de Alvarado a cometer la matanza de los jóvenes miembros de la aristocracia azteca en el patio de Tenochtitlán. (Díaz del Castillo 1946-47, II: 36).

No solamente los cronistas-conquistadores, con el amargo conocimiento de los enfrentamientos entre las facciones rivales, entendieron parcialmente la historia como un proceso creador movido por las intencionalidades divergentes. Hombres de experiencia política como el mismo Las Casas o Agustín de Zárate, se inclinaron también por este tipo de concepción histórica.

No puede negarse que Las Casas, si bien cayó en ocasiones en errores de interpretación movido por sus prejuicios, estuvo atento a los objetivos perseguidos por quienes protagonizaron los acontecimientos que narró. Por él sabemos, por ejemplo, que las primeras expediciones a México de Grijalva y Hernández de Córdoba perseguían un mero propósito de saqueo. Diego Velásquez no pensaba intentar la colonización a menos que hubiera pruebas evidentes de la abundancia de oro (Cf. Las Casas 1951: 156). Pero, además, tenemos el testimonio directo de Las Casas, que nos demuestra la importancia que otorgaba al descubrimiento de las verdaderas intencionalidades en la historia. Al narrar los sucesos ocurridos en La Española en 1495, cuando la rebelión indígena sofocada sin piedad por el Almirante, Hernando Colón atribuyó toda la responsabilidad a Pedro Margarit, que

“se embarcó en los primeros navíos que llegaron de Castilla y se volvió en ellos sin dar otra cuenta de sí, ni dejar orden alguna a la gente que se había encomendado, de lo cual resultó que cada uno se fue con los indios que quiso, y les quitaban la hacienda y las mujeres, dándoles tantas pesadumbres, que los indios determinaron vengarse en los que se hallaban solos o en cuadrillas, de modo que el cacique de la Magdalena [. . .] mató diez y mandó poner fuego secretamente a una casa donde había cuarenta enfermos.” (Colón 1944: 157-158).

Volviendo sobre este párrafo, Las Casas atacaba con su virulencia habitual los desmanes cometidos por los castellanos. Para él, del texto de Hernando Colón se desprendía el derecho de los nativos a defenderse de los actos de rapiña cometidos por los españoles a favor de esa momentánea anarquía. Pero lo que nos interesa especialmente aquí es que Las Casas acusaba a Hernando Colón de haber tergiversado la historia al ser incapaz de descubrir las intencionalidades que se habían conjugado para producir aquellos acontecimientos:

“Don Hernando Colón estuvo bien remoto del fin que persiguiera su padre[. . .] si este fin Don Hernando conociera, no hubiera podido escribir como lo hace.” (Rumeu 1973: 57).

Puede decirse que la concepción de la historia como pugna de intencionalidades, imbricada en los cronistas-conquistadores y en Las Casas con otras concepciones diversas, domina por completo en la obra de —por lo menos— un historiador de Indias: Agustín de Zárate. Su experiencia personal lo había tornado en extremo cuidadoso de sus afirmaciones, desde que el intento de historiar la rebelión de los encomenderos peruanos ante la sanción de las Leyes Nuevas pusiera en peligro su vida. (Zárate 1946-47: 459).

Hombre de indudable sagacidad, logró sobrevivir en los sucesos del Perú cuando su bando (el del rey) fue momentáneamente derrotado, aunque su conducta entonces le valiera un proceso y varios años de prisión; pero supo rehacerse, a tal punto que fue hombre de confianza de Felipe II, quien lo instó a publicar su obra. En ella es evidente su preocupación por penetrar hasta donde fuera posible en la comprensión de los móviles que guiaron a los protagonistas de los hechos narrados. Por ejemplo, manifiesta su insatisfacción al no poder explicar de manera coherente la muerte de Atahualpa por carecer de todos los hilos que en su momento ligaran las intencionalidades en juego.

“[. . .] partido Hernando Pizarro, luego se trató la muerte de Atabaliba por medio de un indio que era intérprete entre ellos, llamado Felipillo [. . .] el cual dijo que Atabaliba quería matar a todos los españoles secretamente [. . .] la causa que lo movió nunca se pudo averiguar: o que este indio tenía amores con una de las mujeres de Atabaliba, y quiso gozar de ella más seguramente [. . .] Otros dicen que la principal causa de la muerte de Atabaliba fue la gran diligencia y mafia que tuvieron para encaminarla esta gente que fue con Don Diego de Almagro por su interés particular [. . .] (Zárate 1946-47: 478).

Es un mérito no menor de Zárate el incorporar a los indios como verdaderos protagonistas de su obra, analizando los planes de acción que guiaran su conducta.

“[. . .] era tan sagaz Atabaliba que consideró que [. . .] así por tener su hermano justicia como por la abundancia de oro que prometía (a lo cual ya tenía entendida la afición y codicia que tenían los cristianos), le quitarían a él el reino y le darían a su hermano, y aun podría que le matasen para quitar de en medio embarazos [. . .] Por lo cual determinó de hacer matar a Guáscar [. . .] y así acordó tentar el ánimo del Gobernador para ver qué sentiría sobre el caso.” (*Ibidem.*: 479).

Notamos, pues, cómo varios entre los historiadores de Indias, exigidos por la realización consciente de su labor, vieron obligados a tomar en cuenta los intereses enfrentados en cada uno de aquellos acontecimientos que aspiraban a comprender. Necesariamente hubieron de considerar la historia como un proceso

consistente en una pugna de intencionalidades si deseaban matenerse fieles a la dignidad de su oficio.

VI. ANTECEDENTES DE ALGUNAS CONCEPTUACIONES DETERMINISTAS DE LA HISTORIA

El enfrentamiento de los europeos con la realidad natural y humana del nuevo mundo provocó actitudes encontradas, bajo las cuales subyacía el conflicto de intereses que giraba en torno a la colonización.

El interés por lo exótico y las necesidades impuestas por la tarea evangelizadora inspiraron los estudios etnográficos. Paralelamente, las discusiones en las esferas gubernamentales sobre la política colonizadora exigían un mayor conocimiento del indígena. Se escribió mucho acerca del hombre natural del nuevo mundo y sus costumbres, aunque no todo se dio a difusión. (Cf. Séjourné 1972: 71-85).

Las urgencias de la colonización, unidas a la masa de nuevos conocimientos sobre el habitante de América, condujeron a una polarización de opiniones. El indio —señala Hanke (1949: 7-8)— fue visto como un noble salvaje o como un perro cochino. Se lo consideró una víctima idealizada o un carnicero sensual. Si existieron concepciones intermedias, fueron las menos y carecieron de peso en su momento.

Esta polarización de opiniones tuvo gran importancia en cuanto al origen de algunas conceptuaciones de la historia que se afirmarían en el mundo cultural europeo a partir del siglo XVIII.

Quienes consideraban al indígena como un ser simple, feliz y bondadoso, relacionaron sus costumbres ejemplares con la vida desarrollada en un marco paradisíaco, apuntando a un determinismo geográfico de lo social. Además, se pensó que si el indio americano, viviendo al margen de la historia, había logrado una existencia ideal en un ambiente de sabiduría natural y dicha, sólo podía esperar para el futuro una degradación. Aparece aquí la idea de decadencia implícita en el antiguo mito de la edad de oro, nostálgica concepción de una cultura que se apartaba a ritmo acelerado de sus raíces. La decadencia había sido traída por la conquista, considerada una cruzada de exterminio y de rapiña. Los presuntos bienes de la civilización aportados por los europeos, no eran, para quienes sostenían ideas de esta índole, otra cosa que meros pretextos para encubrir la esclavización de culturas de una dignidad superior.

Contra estas ideas surgidas del bando "indigenista", sus rivales opusieron otras que no habrían de tener menos repercusión en los siglos venideros. Quienes denigraron al indio haciendo hincapié en los aspectos más sombríos de su tradición cultural, rebajándolo a la condición de animal, se preocuparon por

enfrentarlo a un cristiano-español idealizado, acreedor por sus virtudes, al dominio de las tierras recientemente descubiertas. Un determinismo étnico, que en siglos venideros pretendería alcanzar una justificación biológica convirtiéndose en racial, justificó la conquista como el natural proceso de subordinación de seres inferiores a otros superiores. Lograda esa subordinación podía pensarse en la felicidad de unos y otros: así como los partidarios de la postura "indigenista" asociaron la conquista a la decadencia de las primitivas culturas americanas, los cronistas del bando opuesto relacionaron la conquista y el proceso de aculturación con la idea de progreso. Los bienes culturales aportados por los europeos aparecieron como elementos de liberación y dignificación de la existencia indígena, sumida en un ambiente tenebroso en el que se adivinaba la mano del Demonio.

Decadencia frente a progreso, determinismo de la historia por el medio o por la etnia: trataremos de exponer cómo estas ideas de poderosos alcances subyacían en muchas obras de la historiografía indiana del siglo XVI, aunque todavía insuficientemente formuladas y lejos de integrarse en un cuerpo orgánico.

A. *El mito del buen Salvaje, el determinismo geográfico y la expulsión del paraíso.*

Los motivos que llevaron a los europeos a interesarse por la realidad cultural del indígena fueron varios.

Ante todo estaba el interés por lo exótico, que, aunque fundamentara una actitud seriamente científica capaz de producir obras como las de Sahagún y Acosta, no distaba mucho de constituir una prolongación de la actitud muy infantil y humana de deslumbramiento y curiosidad por lo maravilloso. Con toda sinceridad lo expresaba Pigafetta al referir las motivaciones que lo hicieran embarcarse.

"Por los libros que yo había leído y por las conversaciones que tuve con los sabios que frecuentaban la casa del prelado [se refiere a monseñor Chiericato], supe que navegando por el Océano se veían cosas maravillosas y me determiné a asegurarme por mis propios ojos de la veracidad de todo lo que se contaba, para a mi vez contar a otros mi viaje, tanto para entretenerles como para serles útil y lograr al mismo tiempo hacerme un nombre que llegase a la posteridad." (Pigafetta 1941: 51-52).

Cieza acotaba en la primera parte de su obra que se referiría a los

"ritos y costumbres que tenían antiguamente los indios naturales, y otras cosas extrañas y muy diferentes de las nuestras, que son dignas de notar." (Cieza 1946-47: 416).

Sumándose a esta curiosidad natural, pronto las tareas impuestas por la

evangelización reclamaron un acabado conocimiento de los ritos y creencias indígenas. El primer estudio etnográfico llevado a cabo en América fue propiciado por el descubridor, quien lo encomendó al monje eremita Román Pané, y alcanzó a ser publicado en la biografía del Almirante escrita por Hernando Colón. Sus preocupaciones etnográficas y el origen de las mismas quedaron expresadas en este pasaje:

“Digamos ahora cómo se hicieron cristianos los primeros que recibieron el santo bautismo y lo que es necesario ejecutar para hacerlos cristianos a todos. Es cierto que la isla tiene gran necesidad de gente para castigar los señores que no quieren entrar en que aquellos pueblos entiendan las cosas de la santa fe católica y dejarles enseñar y puedo decir con verdad, que ni pueden ni saben contradecirlos, y que me he fatigado por saberlo para tener certidumbre de ello, como se colegirá por lo que hasta ahora hemos referido.” (Pané, en Colón 1944: 184-185).

El padre Acosta fue un claro exponente de cómo el cabal ejercicio de un afán evangelizador acabó por fundamentar los estudios etnográficos. Consideraba propósito fundamental de su obra el que

“por el conocimiento de las costumbres y cosas propias de los indios, ellos sean ayudados a conseguir y permanecer en la gracia de la alta vocación del Santo Evangelio, al cual se dignó en el fin de los siglos traer gente tan ciega el que alumbraba desde los montes altísimos de la eternidad.” (Acosta 1894: XIV-XV).

La investigación etnográfica requería trato habitual y amistoso con los indios, de modo que quienes se encargaban de esas tareas se sentían obligados a justificar su actitud. Cieza se excusaba con estas palabras:

“porque es justo que los que somos cristianos tengamos alguna curiosidad, para que, sabiendo y entendiendo las malas costumbres destes, apartarlos dellas y hacerles entender el camino de la verdad, para que se salven.” (Cieza 1946-47: 351).

La frecuentación de lo indígena despertó un vivo sentimiento de simpatía hacia ese mundo cultural en extinción en aquellos que se dedicaban a su estudio. Los cronistas más conscientes se sintieron indignados por el descuido con que otros habían encarado las tareas de investigación de las primitivas culturas americanas. Basta leer a Acosta para comprender las grandes dificultades de estos incipientes etnógrafos para desarrollar su tarea. (Cf. Acosta 1894: XIII-XIV).

Una de las principales la constituía la paradójica circunstancia de que los miembros de las propias culturas en vías de desaparición destruían los testimonios de su pasado (Torquemada, *Monarquía Indiana*, I: 37, citado en Séjourné 1972: 161). Personalidades como Acosta y Torquemada, ganadas por el mundo cultural que habían investigado, no se cuidaban de reflejar su simpatía por el mismo.

“[...] pues no es pequeña parte de sus habilidades [de los indios] haber podido y sabido conservar sus antiguallas, sin usar ni tener letras algunas.” (Acosta 1894, T. I: XIII-XIV)

El mismo Acosta, que desarrollara una taxonomía de las culturas primitivas de innegable valor, recordaba a los europeos sus humildes orígenes, no tan lejanos de las culturas primitivas americanas en varios aspectos.

“Si alguno se maravillase de algunos ritos y costumbres de los indios y los despreciara por incipientes y necios, o los detestare por inhumanos y diabólicos, mire que en los griegos y romanos que mandaron el mundo se hallan estos mismos o otros semejantes, y a veces peores, como podrá entenderse fácilmente no sólo de nuestros autores [. . .] sino también de los mismos suyos, como son Plinio, Dionisio Halicarnaso y Plutarco. Porque siendo el maestro de toda la infidelidad el príncipe de las tinieblas, no es cosa nueva hallar en los infieles, crueldades, inmundicias y disparates.” (*Ibidem*. T. II: X).

Muchos de estos cronistas familiarizados con lo indígena creían que podían inclinarse de buen grado a la aceptación del cristianismo. Ya los primeros exploradores creían en una pronta conversión operada mediante la natural predisposición del indígena, a quien juzgaban moralmente sano.

“No le conozco secta ninguna, y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender.” (Colón 1948: 38).

“Estos pueblos son extremadamente crédulos y buenos, y sería fácil convertirlos al cristianismo.” (Pigafetta 1941: 62).

Estos mismos exploradores habían sido quienes reactualizaran la vigencia del mito de la edad de oro al encararse con la exhuberante realidad del Nuevo Mundo. Se trataba de una vuelta a los orígenes, de un vivificador enfrentamiento con los habitantes del Paraíso terrenal conservados por milagro en las fabulosas circunstancias que precedieran a la Caída y el arranque de la historia. Antes de que se constituyera un esquema etnográfico coherente, más o menos formulado hacia fines del siglo XVI, las noticias y relatos fantásticos de los exploradores encontraron una enorme difusión y fueron gustados porque revelaban la existencia de una sociedad dichosa, en épocas en que el malestar social engendraba las primeras Utopías (Cf. Eliade 1961: cap II).

En toda Europa se difundió una creciente expectativa por las noticias de aquel paraíso.

“Desde el primer origen y designio reciente de acometer Colón esta empresa del Océano, amigos y príncipes me estimulaban con cartas desde Roma a que escribiera lo que había sucedido; pues estaban llenos de suma admiración al saber que se habían descubierto nuevos territorios y nuevas gentes, que vivían desnudas y a lo natural, y así tenían ardiente deseo de saber estas cosas.” (Mártir 1944, Dec. I, lib. X, Cap. I: 105).

Los cronistas colmaron aquellas expectativas aludiendo a la realidad americana en términos de ensueño. La frescura de la hierba, la dulzura de los aromas, la suavidad del clima, aquellas sensaciones caras a los navegantes que arribaban, extenuados, a tierras firme después de una riesgosa travesía,

despertaban fervorosas fantasías en la sociedad europea. No puede extrañar, pues, que el Descubridor alegara haber alcanzado el Paraíso Terrenal, situado en la desembocadura del Orinoco (Rumeu 1973: 198).

En directa correspondencia con estas condiciones geográficas excepcionales, la situación social de los indígenas manifestaba un estado plenamente dichoso. Ante todo, poblaban aquel paraíso las mujeres más sensuales, deseadas fervientemente durante la prolongada abstinencia impuesta por los viajes, habituadas, además, a costumbres extremas en cuanto liberalidad sexual.

“Son liberales en el dar, que por maravilla os niegan cosa alguna; y en desquite, liberales en el pedir, cuando se muestran vuestros amigos. El mayor signo de amistad que demuestran es daros sus mujeres y sus hijas; y un padre y una madre se tienen por muy honrados si, cuando os traen una hija, aunque sea moza virgen, dormís con ella; y con esto os dan su mayor prueba de amistad”. (Vespucio 1951: 215).

Las virtudes espirituales de aquellos seres descansaban en un cuerpo tierno que debía ser preservado del esfuerzo físico.

“Son [...] las gentes más delicadas, tiernas y flacas, que menos pueden sufrir trabajos y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad.” (Las Casas, *Brevísima Relación*, Citado en Hanke 1949: 76-77).

Los ensueños de los exploradores, sumados a la simpatía experimentada por los etnógrafos hacia el mundo indígena y a la disposición moralizante de los humanistas, acabaron por crear la visión de un mundo idealizado que satisfacía las expectativas de la sociedad europea de entonces. Algunos elementos paralelos de aquella visión idealizada, cual eran la excelstitud del paisaje y la dicha de los primitivos, fueron encadenados en una explicación causal por Las Casas. Se formuló así la creencia en una determinación geográfica de lo social, y por ende, de lo histórico. Esta idea ganó terreno rápidamente, y, apenas traspuesto el umbral del siglo XVII, encontramos a un dominico historiador de las Antillas, el padre Juan Bautista Du Tertre, que confesaba verse obligado a vincular las excelencias geográficas de las islas con los rasgos culturales de sus habitantes.

“Por consiguiente, y puesto que he mostrado que el aire de la Zona Tórrida es el más puro, el más sano y el más templado de todos, y que la Tierra es una suerte de Paraíso en miniatura, verde y regado por los más puros arroyos, de ello se sigue que debo mostrar en este tratado que los nativos de esas islas son los más apacibles y felices, los menos corrompidos, los más sociables, los menos arteros, los más sanos de todos los hombres del mundo”. (Du Tertre, 1667-71, T. II: 364-419, citado en Davis 1968: 160).

No todos entendieron la relación entre el medio y la sociedad de una manera tan unilateral. Sahagún hacía hincapié reiteradamente en que la naturaleza rica de México tendía a engendrar costumbres inmorales. El había sido testigo de la degradación de los españoles en una existencia puramente

sensual y ociosa en aquel medio espléndido. Por eso elogiaba las virtudes del sistema social indígena, sabiamente construido durante siglos, en base a un profundo conocimiento de los riesgos que involucraba aceptar las incitaciones enervantes del ambiente.

“[. . .] y la Filosofía Moral enseñó por experiencia a estos naturales, para vivir moralmente y virtuosamente era necesario el rigor y [la] austeridad, y ocupaciones continuas en cosas provechosas para la república”. (Sahagún 1946, L. X: 7).

De esta manera, Sahagún acabará por brindar argumentos que robustecían la creencia en la calidad de la vida pre-hispánica. Esta convicción lo llevó a convertirse en un acerbo crítico de la obra española en América. En su obra, los resultados que el proceso de aculturación tuviera en el mundo indígena son expuestos en un lenguaje tan sinceramente desolado que encierra en sí el más severo de los juicios (*Ibidem*, L.X.: 9, 10 y 14).

Considerada la conquista como una nueva expulsión del Paraíso, y el proceso de aculturación como una triste declinación hacia condiciones indignas de vida o hacia la muerte misma, muchos cronistas señalaron como culpables —únicos culpables— a los conquistadores. La ambición y crueldad de aquellos aventureros los tomaron en fácil blanco de todo tipo de críticas. A veces, historiadores relacionados personalmente con algunos de ellos se limitaron a reconvenirlos en tono de paternal amonestación.

“Con los dos (Pedrarias y Juan de Ayora, hermano del cronista imperial) tengo yo lazos íntimos, pero perdónenme uno y otro; entre todas las agitaciones oceánicas nada me ha disgustado tanto como la avaricia de ese hombre, que de tal manera alteró los ánimos tranquilos de los caciques”. (Mártir 1944, Dec. VII, Lib. IV, cap. I: 517).

Otras veces se los trató con sequedad lapidaria, y en ocasiones se mostró las funestas consecuencias que sus acciones acarreraron al reino y a la cristiandad (Cf. Kirkpatrick 1960: 117); y en otras, por último, se removió deliberadamente en el estiércol de los episodios más siniestros que se registraran en aquel feroz enfrentamiento de los hombres con una realidad desconocida, denigrándose al conquistador de la misma manera que lo hicieran con los indios quienes creían en la soberana rectitud de la conquista (Aguado 1581, cit. por Blanco Fombona 1919: XLVIII-XL).

B. La idea de misión, el determinismo étnico y la exaltación de la obra española.

“Comenzaron las conquistas de indios acabadas la de moros, porque siempre guerreasen los españoles contra infieles. . .” (GOMARA).

Ya señalamos que los conquistadores estaban movidos por un ardor

religioso que robusteció su moral, convirtiéndose en factor decisivo de la conquista. La idea de misión se entrecruzaba en sus mentes ávidas de honra y riquezas con la de servicio a su rey. Existía una convicción profunda en aquellos hombres de que la mejor manera de alcanzar a un tiempo gloria, distinción y fortuna era por la dura vía de servir a Dios y a la Corona en la cruzada contra los infieles.

“[...] con letras de oro habían de estar escritos sus nombres [de los conquistadores], pues murieron aquella crudelísima muerte, y por servir a Dios y a su majestad y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar [...]” (Díaz del Castillo 1946-47, II: 312).

Para los conquistadores el indio no podía significar otra cosa que un enemigo: cabía respetarlo si era poderoso, despreciarlo cuando débil, denigrarlo al mencionar sus costumbres. A los efectos de mantener la moral elevada era imprescindible una constante reafirmación de la propia superioridad, fundada, en última instancia, en saberse preferidos por Dios Todopoderoso. La idea fue expresada tempranamente por Pigafetta:

“Navegamos enseguida hacia el Noroeste, durante dos meses enteros, sin descanso, y en este intervalo perdimos veintiún hombres, cristianos e indios. Hicimos una observación curiosa al arrojar al mar: los cadáveres de los cristianos quedaban siempre cara al cielo, y los de los indios, boca abajo, cara al mar” (Pigafetta 1941: 173).

Así como los misioneros sintieron despertar su interés por los estudios etnográficos como consecuencia de las necesidades derivadas de la tarea evangelizadora, la misión emprendida por los conquistadores les exigía ignorar, menospreciar, insultar lo indígena. Cuando en el curso de su narración Bernal Díaz se vió obligado a detenerse en un capítulo para dar una idea de la riqueza conque se trataba de Moctezuma, no pudo disimular el fastidio que le producía mantener contacto tan prolongado con el medio aborigen, y concluyó abruptamente:

“Y porque ya estoy harto de escribir sobre esta materia, y más lo estarán los lectores, lo dejaré de decir, y diré como fue nuestro capitán Cortés con muchos de nuestros capitanes y soldados a ver el Tlatelulco, que es la gran plaza de Méjico [...]” (Díaz del Castillo 1946-47, Cap. XCI: 88).

En el mismo Bernal Díaz encontramos un rosario de las iniquidades de los indios.

“[...] las tierras que conquistamos estaban llenas de sacrificios y maldades [...] los adoratorios [...] eran tantos que los doy a maldición [...] sus casas de ídolos llenas de demonios y diabólicas figuras [...] pues comían carne humana, así como nosotros traemos vacas de las carnicerías [...] metían a engordar muchos indios e indias, y en estando gordos los sacrificaban y comían” [...] los que cautivaban y prendían los sacrifica-

ban y comían [...]” “[...] tener excesos carnales hijos con madres, y hermanos con hermanas, y tíos con sobrinas [...]” “[...] de borrachos halláronse tantas suciedades [...]” “[...] tener mujeres cuantas querían [...]” “tenían otros muchos vicios y maldades [...]” (*Ibidem*, Cap. CCVIII: 309-310).

También Oviedo, preocupado por aplicar estrictamente los patrones europeos para juzgar la mentalidad indígena, se convenció rápidamente de que las posibilidades de los indios de adaptarse al nuevo tipo de vida impuesto por la conquista eran reducidas.

“[...] los indios que no son castigados, jamás reconocen superior, ni sirven como son obligados ni a derechas, porque como son falsos e dicen muchas mentiras, e tienen tan anchas sus setas e sucios e crudos ritos, cualquiera buena regla de vida les parece estrecha, e los angustia e congosa sus vidas” (Oviedo, *Historia*, Lib. XLVII, Cap. V; cit. en Salas 1959: 121).

Creía que el escaso valor de esas gentes les abría dos caminos ante la presión del avance europeo en el continente: huir o morir rápidamente en el trabajo, al que no estaban acostumbrados (Cf. Oviedo 1946-47, Lib. IV, Cap. II).

Comprendemos, pues, como el hecho militar de la conquista obligaba a execrar al enemigo si se aspiraba seriamente a la victoria; cómo la necesidad de autoafirmación para encarar la lucha, y el triunfo en sí, convencieron de la superioridad, no sólo bélica, sino total, de lo cristiano español; cómo se fue precisando la idea de que las diferencias étnicas lo eran también morales, e implicaban distintos grados de humanización. Los españoles resultaban ser un tipo de hombres de superior valor, en cuanto tales, a los indígenas. La última vuelta de tuerca consistió en el retorno a la idea aristotélica de que los pueblos inferiores eran siervos por naturaleza. Su historia, pues, aparecía determinada por las singularidades de su etnia. Nacidos para servir, el destino de aquellas sociedades remotas había sido incorporarse a la marcha de la civilización como un substrato productivo. Lo había previsto el Descubridor:

“Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas, y muy cobardes, que mil no guardarían a tres, y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar [...]” (Colón 1948: 94).

Lo justificó, cuando fue necesario, el erudito humanista, también historiador a su hora:

“Lepoldo: De manera que te parecería disposición muy humana el que aquellos bárbaros que han recibido la religión cristiana y no rechazan el señorío del príncipe de España disfrutasen de iguales derechos que los demás cristianos y que los españoles que están sometidos al imperio del rey.

“Demócrates: Por el contrario, me parecería cosa muy absurda, pues nada hay más contrario a la justicia distributiva que dar iguales derechos a cosas desiguales, y a los que son superiores en dignidad, en virtud y

en méritos, igualarlos con los inferiores [...]” (Sepúlveda, Ginés, de *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, cit. en Séjourné 1972: 81).

Los pueblos vencidos perdieron entonces su derecho a participar en la historia. Mientras un vasto movimiento procuraba salvar del olvido las tradiciones indígenas, otra ola de signo contrario y no menor envergadura redujo al mínimo la significación del mundo cultural precolombino. Herrera, que dispuso de numerosísimas fuentes etnográficas, las abrevió hasta desfigurarlas. Se limitó a comprobar en qué aspectos las poblaciones americanas se diferenciaban de la europea —detentadora exclusiva de la civilización. Fueter señala la diferencia con que Pedro Mártir y Herrera trataron los mitos de la Creación entre los habitantes de las Indias Occidentales. Mientras el humanista italiano se había detenido morosamente en ellos, Herrera los aniquiló con unas pocas palabras desdeñosas:

“Dejemos esas ignorancias y otras cosas; sabemos que todos descendemos de Adán y Eva, y es necesario, pues, que los indios también desciendan de nosotros” (Herrera, *Historia*, Dec. I, Lib. I, Cap. VI, cit. en Fueter 1953: 279).

El hundimiento del vencido fue simultáneo con el enaltecimiento del vencedor. El triunfador era una nueva entidad, la nación española, cuyas glorias recientemente adquiridas desafiaban los logros más celebrados de la antigüedad:

[...] esas metáforas reducidas a historia cierta [se refiere a los mitos y leyendas griegas], son unas burlas y niñerías, si se cotejan y traen a comparación de lo que en estas Indias nuestras se ha visto y ve cada día en nuestro tiempo: y lo han visto mis ojos y otros muchos a quien en esta edad ni en los venideros no podrán con verdad contradecir envidiosos, enemigos de tan valerosa y experimentada nación y tan jubilada en virtudes [...]” (Oviedo, *Dedicatoria de la Segunda parte*, cit. en Salas 1959: 82).

Un pueblo esforzado, cuyas virtudes emanaban directamente de Dios, había emprendido el sendero de la propagación de la fe:

“Nunca jamás rey ni gente anduvo y sujetó tanto en tan breve tiempo como la nuestra, ni ha hecho ni merecido lo que ella, así en armas y navegación, como en la predicación del santo Evangelio y conversación de idólatras; por lo cual son españoles dignísimos de alabanza en todas las partes del mundo. ¡Bendito Dios, que les dio tal gracia y poder!” (Gómara 1946-47: 294).

Pero no sólo cabía cantar loas al coraje y espíritu de sacrificio de los españoles, o a su sincera devoción y proverbial fidelidad al monarca, sino, sobre todo, apreciar con justicia su obra en América. La conversión al cristianismo de millares de indígenas, el esfuerzo por apartarlos de sus prácticas inmorales y heréticas, su iniciación en una nueva tecnología, su humanización por medio de

la enseñanza de las letras, eran dones tan preciados, que los indígenas deberían sentirse muy agradecidos por la llegada del progreso a sus tierras, principalmente habiéndolo conseguido a cambio de unos metales preciosos que ni siquiera valorizaban en mucho (*loc. cit.*).

CONCLUSIONES

Podemos afirmar que existió en la historiografía indiana del siglo XVI una poderosísima corriente que continuaba conceptuando la historia a la manera medieval, en términos fundamentalmente religiosos. Las interpretaciones del hecho de la conquista lo presentaron como un acontecimiento querido por Dios e importantísimo dentro del plan providencial para la redención de la humanidad. La divinidad había participado activamente en la empresa española y los conquistadores, por encima de sus pecados gravísimos, en general rápidamente castigados, habían sido instrumentos valiosos de la voluntad divina. En las Indias se afirmaba, con la difusión del cristianismo, un promisorio estado de felicidad que auguraba la pronta llegada del Reino. Debemos concluir que, en la obra de muchos cronistas, una determinada manera de entender la historia, anterior al hecho de la conquista, asociada a un sentimiento mesiánico fervoroso avivado a partir del descubrimiento y difundido unánimemente, condujo a la sacralización de la obra española en América.

Esta conceptualización religiosa predominante no excluía la presencia de otras que, según hemos visto, se imbricaban a veces en la obra de un mismo autor. De manera que los intentos por asociar determinadas conceptualizaciones de la historia a grupos de cronistas definidos por rasgos comunes de mentalidad o intereses nos parece difícil de concretar, si pretenden encontrarse vínculos permanentes entre ambos elementos. Hasta cierto punto, sin embargo, creemos advertir una propensión de los conquistadores y los cronistas religiosos hacia la conceptualización que señalamos como predominante, en tanto que los autores de formación humanista apuntaban a destacar el papel de las individualidades descollantes en el curso de la historia.

Aunque diste mucho de hallarse entre los historiadores de Indias alguna conceptualización más o menos definida de lo histórico que se aproxime a la nuestra, no deja de constituir una sorpresa haber encontrado atisbos de un elemento central en nuestra manera de entender la historia. Deshecha la madeja del milagro y de las asechanzas del Maligno, reubicada a nuestra estatura la figura del gran hombre capaz de explicar por sí solo el acontecimiento, el hombre asoma como creador y criatura de sus propios designios. Detrás de cada acto que la historia registra se echan de ver las intencionalidades en pugna, esa trama de

relaciones específicamente humanas, a la vez cañamazo e hilo conductor que constituye el quid de lo histórico, y sin cuya aprehensión la obra del investigador no habría alcanzado un digno valor historiográfico.

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, Joseph de
1894 *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, s.e.
- AGUADO, Fray Pedro de
1581 *Historia de Venezuela*
- ALVARADO, Pedro de
1946-47 *Relaciones hechas a don Fernando Cortés. . .*, en Vedia 1946-47.
- BALIÑAS, Carlos A.
1965 *El acontecer histórico. Un estudio ontológico sobre el tema del historiador*, Rialp, México.
- BLANCO FOMBONA, Rufino
1919 "Psicología del conquistador español del siglo XVI", en Levillier 1919, T. I: xvii-lxv
- BURCKHARDT, Jakob
1968 *La cultura del renacimiento en Italia*, Iberia, Barcelona
- CARBIA, Rómulo D.
1934 *La crónica oficial de las Indias Occidentales*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la Plata, Biblioteca Humanidades, T. XIV, La Plata
- CESPEDES DEL CASTILLO, Guillermo
1957 *La sociedad colonial americana en los siglos XVI y XVII*, en Vicens Vives 1957
- CIEZA DE LEON, Pedro de
1946-47 *La crónica del Perú, nuevamente escrita por. . .*, en Vedia 1946-47
- COLON, Cristóbal
1948 *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, ed. y pról. de Ignacio B. Anzoátegui, Espasa-Calpe, Buenos Aires
- COLON, Hernando
1944 *Historia del Almirante de las Indias don Cristóbal Colón*, Precedida de "Vida de don Fernando Colón", por Manuel Serrano y Sanz, Bajel, Buenos Aires
- COLLINGWOOD, Robin George
1965 *Idea de la Historia*, Fondo de Cultura Económica, México
- CORTES, Fernando
1946-47 *Cartas de relación de [. . .] sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*, en Vedia 1946-47
- CRUZ, Josefina
1970 *Cronistas de Indias*, Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires
- DAVIS, David Brion
1968 *El problema de la esclavitud en la Cultura occidental* Paidós, Buenos Aires
- DIAZ DEL CASTILLO, Bernal
1946-47 *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*, en Vedia 1946-47
- D'OLWER, Luis Nicolau
1953 *Cronistas de las culturas precolombinas*, Antología, pról. y notas de . . . Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires
- DURAND, José
1958 *La transformación social del conquistador*, Nuevos Rumbos, Lima

- DU TERTRE, Jean Baptiste
1967-71 *Historie Generale des Antilles habitées par les françois*
- ELIADE, Mircea
1961 *Mitos, sueños y misterios*, Fabril, Buenos Aires
- ESTEVE BARBA, Francisco
1954 *Historiografía Indiana*, Gredos, Madrid
- FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo
1946-47 *Sumario de la natural historia de las Indias*, en Vedia 1946-47 T. II: 471-515.
1959 *Historia General y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano por el capitán [.. .]*, ed, y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Biblioteca de Autores Españoles, CXVII—CXXI, Madrid
- FRIEDE, Juan
1975 *Bartolomé de las Casas, un precursor del anticolonialismo*, Siglo XXI, México-Buenos Aires
- FUETER, Eduard
1953 *Historia de la historiografía moderna*; tr, de Ana María Ripullosa, Editorial Nova, Buenos Aires
- GOMARA, Francisco López de
1946-47 Ver LOPEZ DE GOMARA, 1946-47
- HANKE, Lewis
1949 *La lucha por la justicia en la conquista de América*, tr. de Ramón Iglesia, Sudamericana, Buenos Aires
- JEREZ, Francisco de
1946-47 *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla*, en Vedia 1946-47, T. II: 319-343
- KIRKPATRICK, F.A.
1960 *Los conquistadores españoles*, Espasa-Calpe, Madrid
- KONETZKE, Richard
1974 *América Latina II. La época colonial*. Tr. de Pedro Scaron, Siglo XXI, México
- LAFAYE, Jacques
1970 *Los conquistadores*, tr. de Elsa Cecilia Frost, Siglo XXI, México
- LAS CASAS, Bartolomé de
1957 *Historia de la Indias*, ed de Agustín Millares Carlo, est. prel. de Lewis Hanke, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires
- LEONARD, Irving A.
1953 *Los libros del conquistador*, tr, de Mario Monteforte Toledo, revisada por Julián Calvo, Fondo de Cultura Económica, México
- LOPEZ DE GOMARA, Francisco
1946-47 *Hispania Victrix, Primera y Segunda parte de la historia general de las Indias, con todo el descubrimiento, y cosas notables que han acaecido hasta el año 1551; con la conquista de México y de la Nueva España*, en Vedia 1946-47, T. I: 155-455
- MARTIR DE ALGLERIA, Pedro
1944 *Décadas del Nuevo Mundo*. Vertida del latín a la lengua castellana por el D. D. Joaquín Torres Asencio. . . pról. de Luis A. Arocena, Bajel, Buenos Aires
- MENDIETA, Gerónimo de
1947 *Historia esclesiástica indiana*, ed. Salvador Chávez Hayhoe, México
- MEYER Eduard
1955 *El historiador y la historia antigua*, Fondo de Cultura Económica, México
- NUÑEZ, CABEZA DE VACA, Alvar
1946-47 *Comentarios de [.. .], Adelantado y Gobernador del Río de la Plata*, en Vedia 1946-47, T. I: 549-599.
- PARRY, J.H.
1968 *Europa y la expansión del mundo*, tr. de María Teresa Fernández,

- Fondo de Cultura Económica, México
- PIGAFETTA, Antonio
 1941 *Primer viaje en torno del globo*, Espasa-Calpa, Buenos Aires
- RUMEU DE ARMAS, Antonio
 1973 *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América*, Instituto de Cultura Hispánica, Madrid
- SALAS, Alberto M.
 1963 *Tres crónistas de Indias, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de las Casas*, Fondo de Cultura Económica, México
- SAHAGUN, Fray Bernardino de
 1946 *Historia general de las cosas de Nueva España*, Editorial Nueva España, México
- SEJOURNE, Laurette
 1972 *América Latina I. Antiguas culturas precolombinas*, Siglo XXI, México
- VEDIA, Enrique de
 1946-47 *Historiadores primitivos de Indias*. Colección dirigida e ilustrada por [...], Biblioteca de Autores Españoles, XXII y XXIV, Madrid
- VICENS VIVES, Jaime
 1957 *Historia Social y Económica de España y América*, dirigida por [...], Teide, Barcelona